

De las democracias de estado a la democracia cosmopolita

Jordi Corominas

“Los cristianos, cuando ven un extranjero, lo llevan a sus casas y se regocijan con él como un hermano verdadero”
Apología de Arístides, s. II.

Una sociedad mundial

Nadie niega hoy en día que vivimos en un mundo globalizado¹. Lo que se discute es como debemos entenderlo y valorarlo. En los ideales de la ilustración se habla de la globalización como una utopía y se mantiene, de manera más o menos solapada, un esquema desarrollista que coloca a las sociedades en una línea ascendente hasta llegar a un mundo unido, sin guerras, gracias a un gobierno mundial. En la filosofía postmoderna es frecuente pensar la globalización desde el punto de vista de compartir un sentido, una cultura, o un universo simbólico: en la medida en que compartimos “narrativas” y valores comunes vamos formando parte de una comunidad mundial. Mientras, en diferentes tradiciones marxistas se pone el acento en la economía: vivimos en un mundo global en la medida en que se ha establecido un único mercado y un sistema capitalista global.

Recurriendo a los análisis de X. Zubiri, A. Giddens y A. González² defiendo una tesis en cierto modo más radical: Hoy, los habitantes del planeta tierra, conformamos ya una única sociedad mundial y el término globalización, en tanto conlleva la idea de un proceso por el que todos nos vamos “globalizando”, esconde o suaviza el hecho de estar conformando ya esta sociedad mundial. Lo que nos une a todos en una única sociedad mundial no es una lengua, una cultura, un mercado común, un sistema capitalista o Internet, sino, menos visible y más decisivo, la afectación de nuestras acciones por los demás. Piénsese en que si efectivamente la actual teoría política y sociológica hiciera evidente para todo el mundo este vínculo real entre los seres humanos, las formas políticas actuales de organizar el mundo se resquebrajarían o, al menos, su legitimación quedaría peligrosamente afectada.

1 Ulrich Beck, ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización, Paidós, Barcelona, 1998; Zygmunt Bauman, La globalización. Consecuencias humanas, FCE, 2011.

2 Xavier Zubiri, Sobre el hombre, 1986; A. González, Estructuras de la praxis, ensayo de una filosofía primera, Ed. Trotta, Madrid, 1997; A. Giddens, La constitución de la sociedad, Amorrortu Editores, Argentina, 1995.

El hecho de que todavía hoy se entienda por sociedad únicamente el marco de ciertas unidades culturales infranacionales, nacionales o supranacionales, el que se piense como conflicto central del mundo actual el choque de civilizaciones, culturas y identidades, podría tener una precisa función ideológica: esconder que estamos asistiendo a un proceso de diferenciación en las formas de vida y que la unidad de la sociedad mundial hoy vigente se basa en la exclusión y en la radical heterogeneidad económica.

Desde los orígenes de la humanidad hasta el comienzo del mundo moderno (siglos XVI al XVIII) existieron muchas sociedades, cada una con su propio sistema social, sus dioses y visiones del mundo. Cada sociedad era un mundo que ignoraba completamente a las otras y que de ningún modo era afectado por las demás. En la actualidad, las acciones cotidianas y las formas de vida de cada uno, anteriormente a la cultura y al universo simbólico de cada cual, están lastradas y forman sistema con acontecimientos que ocurren en el otro lado del planeta y con formas de vida absolutamente dispares. Es, precisamente, la constatación del hecho actual de que no hay acción humana alguna que no esté afectada por una estructuración mundial de las formas de vida, la que nos lleva a afirmar que la sociedad hoy es mundial.

Conformamos una única sociedad mundial porque acciones tan simples como

el comer el respirar y el beber se ven afectadas por la actuación del resto de la humanidad, seamos conscientes de ello o no. Incluso las pocas culturas indígenas autárquicas subsistentes están ecológicamente afectadas por la manera en que viven muchas personas totalmente desconocidas por ellas. Por ejemplo, determinados grupos indígenas con la piel expuesta al sol pueden atribuir el aumento de cáncer de piel a un castigo de sus dioses, pero la realidad es que se ven más afectados que otras poblaciones por el aumento del agujero de ozono. Las actuaciones de los que sufren enfermedades como éstas, están estrechamente vinculadas a las actuaciones de aquellos que las causan, aunque éstos no tengan conciencia de ello.

Del mismo modo, las actuaciones de los que carecen de bienes esenciales (comida, trabajo, dinero...), están sistemáticamente referidas a las actuaciones de los que se han apoderado de ellos, independientemente del sentido que cada uno dé a su carencia o a su apoderamiento. Hoy este sistema de actuaciones es mundial. La unidad de la sociedad mundial se basa precisamente en un sistema de formas de vida planetario completamente heterogéneas entre sí, hasta el punto que una de las claves para mantener el actual sistema podría ser la exclusión, de toda forma de trabajo, de importantes sectores de la humanidad. Sin la "exclusión" de sectores importantes de la humanidad, las clases medias y altas mundiales no po-

drían vivir como viven. Éstas necesitan de la exclusión, como el señor feudal de sus vasallos y el ciudadano de la Grecia clásica de los esclavos.

Contra lo que el nombre “globalización” nos podría hacer pensar, la sociedad mundial en la que ya estamos fija a la mayoría de la humanidad en un espacio reducido. Lo que para unos es efectivamente un mundo global para otros es cada vez más local. La movilidad de unos es el encadenamiento de otros a una localidad. Sin duda, la libertad de movimientos es un buen indicador para saber en qué lugar de la estratificación social mundial nos hallamos: los situados en la cúspide no tienen restricción geográfica alguna y los situados en la base apenas si pueden moverse. Como subraya Z. Bauman³, la movilidad de una pequeña minoría mundial es tan enorme que casi se hacen volátiles. Los grandes poseedores de acciones e inversores pueden desconectarse totalmente de sus empleados, de la localidad donde están las fábricas y de la cadena de producción, de una manera que no pudieron hacerlo ni los propietarios de esclavos, ni los señores feudales, que al fin y al cabo tenían que compartir territorio y confrontarse con los cadáveres o la tortura de los rebeldes, o , por lo menos, escuchar de vez en cuando los molestos lamentos de los sometidos a su poder.

Hoy, un gran accionista, pongamos por caso, puede decidir en un santiamén cerrar una de sus fábricas en la India porque su inversión es más productiva en Chile. Habrá, sin duda, un gran alboroto en la India. Los directores de la empresa lo pasarán mal. Los trabajadores se verán enfrentados a la miseria, pero muy probablemente el accionista no tendrá ni tan siquiera la más leve sensación de culpa. Hay una clara conexión entre la depauperización, el sentimiento de fracaso e inmovilización de una creciente mayoría y el enriquecimiento, el sentimiento de triunfo y la libertad de una pequeña minoría. Una libertad que les permite “desconectarse” totalmente de las consecuencias de sus actos de un modo que no era posible en las sociedades y sistemas sociales anteriores a nuestra sociedad y sistema mundial.



En este sentido, cada día experimentamos con más fuerza la contradicción entre un régimen mundial fuera de todo control democrático y con un extraordinario poder para defender los intereses económicos, políticos y culturales de un pequeño fragmento de la humanidad, y

³ Z. Bauman, op. cit.

la pervivencia de un cierto debate y juego político democrático dentro de un marco político moderno, el de los estados-nación, con cada vez menos poder para incidir en las cuestiones más vitales (aire que se respira, comida, salud, educación, vestir) de los ciudadanos inscritos en sus fronteras.

La insuficiencia del Estado es especialmente notoria frente a esta desconexión total que acabamos de señalar entre los que toman decisiones y los afectados por ellas. Decisiones de gran calado que nos afectan a todos se toman sin ningún control de democrático (Banco Mundial, Consejo de seguridad de la ONU, Grandes Compañías Multinacionales...) y, a veces, sin tan siquiera la intromisión de los estados más poderosos. La desconexión entre los que deciden y los que sufren las consecuencias de las decisiones y la existencia de un mercado global no regulado permite desigualdades materiales enormes y genera un alto costo medioambiental. Por más que algunos estados-nación intenten frenar el desastre ecológico el medio ambiente no reconoce fronteras.

Pero no solo el capital, el mercado y la ecología trascienden las fronteras. Las fuentes de energía, el control del material nuclear, las guerras, las migraciones, el control de Internet, el agua, las enfermedades, determinadas formas de terror, de delitos fiscales, de trata de blancas y de organizaciones de delincuentes son, por mencionar solo algunos, problemas acuciantes que afectan a la mayoría de la hu-

manidad, problemas que son de la sociedad mundial y, sin embargo, los únicos medios de los que disponemos para enfrentarlos son nacionales, fragmentarios o incompletos. Por otra parte, miles de seres humanos se sienten desamparados por el Estado protector de antaño y angustiados ante las fuerzas ciegas del mercado global, ante los que toman decisiones sin otro control que el rápido beneficio, y ante la rapidez de los cambios en las costumbres. Entonces vuelven su rostro hacia la intolerancia étnica, el nacionalismo agresivo, y el fundamentalismo religioso en busca de seguridades y protección.

Emergencia de nuevos estados-nación

Ante este panorama nada tiene de extraño el resurgimiento del nacionalismo, la reivindicación de un estado fuerte y la formación de un nuevo espíritu nacional leal a la patria y a la comunidad de los que son como nosotros, de los que comparten la misma lengua, la misma raza, la misma religión o, al menos, formas de pensar similares. Se cree que si se establecen fronteras lo más estrictas posibles se podrá controlar mejor el movimiento del dinero, de las mercancías y de las personas y podremos así protegernos de decisiones que se toman a miles de kilómetros, desde lógicas que a veces no tienen ni que ver con las ganancias (decisiones geoestratégicas, etc.). Pero el capital siempre se desplaza lo suficientemente rápido como para mantener un paso de ventaja sobre cualquier nación, patria o gobi-

erno territorial que intente controlar sus movimientos⁴.

De hecho, no existe contradicción entre la nueva extraterritorialidad del capital (total en lo financiero, casi total en lo comercial, muy avanzada en cuanto a la producción industrial) y la gran proliferación de estados soberanos débiles e impotentes. En 1945 había solo 60 estados en el mundo. Actualmente hay unos 200 y es muy probable que aparezcan muchos más mientras no exista otra lógica que la del estado-nación. La falta de control de las finanzas, el movimiento instantáneo del capital sin fines productivos a lo largo y ancho del globo, dependen de la fragmentación política y de la ausencia de estructuras democráticas mundiales. Los Estados-nación pequeños van muy bien a los beneficiarios del orden mundial actual: “Es fácil reducir un estado débil a la función útil de una estación de policía local, capaz de asegurar un mínimo de orden necesario para los negocios, pero sin despertar temores de que pueda limitar la libertad de las compañías globales. El reemplazo de nacionalismos por algún tipo de poder legislativo global sería perjudicial para los intereses de los mercados mundiales”⁵.

El nacionalismo emergente suele acompañarse de ideologías que flirtean peligrosamente con el racismo: los pobres y emigrantes han elegido su triste suerte. Tienen alternativas, pero no quieren

trabajar o les falta decisión. Roban y mienten. Si los emigrantes son de religión musulmana entonces son fundamentalistas, posibles colaboradores del terror o pretenden islamizar el mundo. La función de estos tópicos es clara. Se trata de negarle al prójimo el derecho a la libertad de movimiento que se exalta como el logro máximo del mundo capitalista. De ahí la utilidad de los retratos de inhumanidad, retraso y fundamentalismo de los posibles inmigrantes. Estas afirmaciones ayudan a contraatacar las argumentaciones éticas que defienden la libre movilidad de las personas y la racionalidad de los que van allí donde más abundan los alimentos y el trabajo. Son formas de pensar, a veces más duras que las piedras, muy útiles para dificultar los vínculos sentimentales y de amistad entre nacionales e inmigrantes, para mantener los privilegios de los ciudadanos de las naciones más ricas y para encerrar a los pobres dentro de las fronteras de sus países. Mientras, eso sí, el capital y sus poseedores se mueven por todo el mundo con la conciencia limpia y el sentimiento de triunfo.

Con todo, el creciente número de Estados creo que no puede atribuirse únicamente al interés de las clases medias y altas de la sociedad mundial. No puede desdeñarse el papel que juegan las identidades en la emergencia de nuevos estados. Por una parte, el proceso globalizador, al debilitar los estados tradicionales, favorece las culturas minoritarias que pueden afirmarse y darse a conocer más allá del proceso homogeneizador del

4 Zygmunt Bauman, op. cit.

5 Zygmunt Bauman, op. cit., p. 91

estado. Por otra, las culturas minoritarias siguen la misma lógica del estado-nación: únicamente si se dotan de estado podrán ver íntegramente reconocidos sus derechos, proteger su lengua, sus tradiciones, su cultura y su economía.

Entre los 200 Estados actuales se cuentan 5000 grupos étnicos y unas 6000 lenguas. La cuestión identitaria sigue siendo para muchas personas muy importante y está en el origen de múltiples conflictos. Como modo de legitimación del Estado se suele aludir a la existencia de una cultura, una lengua y un pasado común, pero lo cierto es que, al menos en los orígenes históricos del estado-nación, es difícil encontrar esta identidad. Como escribe Ferrajoli, “No creo que en la Inglaterra del siglo XVIII o en la Italia del siglo XIX existieran vínculos políticos e identidades colectivas, de lengua de cultura, de común lealtad política, idóneos para conjuntar campos y ciudades, campesinos y burgueses... en suma, que existiera a nivel social una homogeneidad mayor de la que hoy en día existe entre los diversos países europeos o incluso entre los diferentes países del mundo”⁶.

No cabe duda que un megamillonario de México se parece más a un megamillonario estadounidense o europeo que a su correligionario pobre mexicano, en sus valores y actitudes, pero todo ello no obsta para que la identidad, la cultura, la lengua

que se habla, la religión que se profesa, no sean importantes para las personas. El caso de Catalunya y España creo que ilustra una situación bastante extendida en la configuración y estructuración política de nuestro tiempo. Dicho lisa y llanamente, los nacionalismos minoritarios dentro de los estado-nación, parece que sólo tienen dos opciones: o disolverse en el nacionalismo mayoritario del estado, que considera que a cada Estado le corresponde una sola nación, o intentar consolidarse a su vez como estado-nación separándose del Estado del que forman parte.

Realpolitik

El realismo político sigue entendiendo que los verdaderos agentes en la escena mundial son los estado-nación y, en consecuencia, parece lógico que, si nos dejamos de romanticismos y de proyectos fantasiosos, los nacionalistas minoritarios sueñen y luchen por conseguir ser reconocidos como estado. La expresión “Realpolitik”, que empezó a utilizarse en Alemania a mediados del siglo XIX, se emplea para señalar que la guía de acción debe extraerse no de pretendidos sueños o teorías filosóficas, sino del comportamiento efectivo de los actores políticos. La práctica crea la teoría y no a la inversa. El mundo real está regido por las luchas de poder y por el interés. Dicho como Stanley Kubrick, de la manera más cinematográfica posible: las grandes naciones siempre actúan como gánsters y las pequeñas como prostitutas y de lo que se trata es de ser el mejor gánster o la mejor ramera posible.

⁶ Luigi Ferrajoli, “Quali sono i diritti fondamentali?” en Vittali Ed., *Diritti umani e diritti della minoranza*, Turin, Rosenberg&Sellier, 2000, p. 114.

La tradición realista adquiere una extraordinaria relevancia con el inicio de la época moderna y la firma del tratado de paz de Westfalia en 1648. A partir de esta fecha, comienza históricamente en Europa la construcción de los modernos Estados-nación, pasándose de territorios con fronteras y obediencias políticas difusas (época medieval) a organizaciones territoriales claramente definidas en torno a un Estado, que establece unos claros límites espaciales y políticos que circunscriben el ámbito de su soberanía. El concepto de territorio ocupa un rol cardinal en la concepción moderna del Estado en tanto define los límites del poder que cada Estado puede ejercer de forma legítima. Los ciudadanos de este espacio gozan de un conjunto de derechos y deberes diferentes de los extranjeros o residentes. En tal sentido, la ciudadanía estatal conlleva la exclusión de aquellos que no pertenecen por nacimiento, lengua, religión, cultura o adopción a la nación-estado en cuestión.

Fuera del espacio del estado-nación hay las relaciones entre estados, pero no los deberes y obligaciones que sanciona el estado. Estas relaciones, las relaciones internacionales, se consideran como un estado de naturaleza, un continuo estado de guerra de todos contra todos fuera de todo control racional⁷. Se tolera y se fomenta la ayuda caritativa a través

de ONG's, pero no las relaciones de justicia, el conjunto de deberes y derechos, la fiscalidad que suele regir para los ciudadanos en el interior del Estado. Cada Estado tiene la absoluta libertad frente a los otros para hacer lo que juzgue más conducente a su beneficio. En la jerga moral, los actos de los ciudadanos de un Estado que pretenden beneficiar a un ciudadano de otro estado, se llaman supererogatorios: actos que van más allá de lo que exige el deber.

Para salir de esta lógica, o vislumbrar al menos que hay otras lógicas, es importante empezar comprendiendo que el Estado, tal como lo conocemos ahora, no ha existido siempre, ni nada impide que cambiemos el sistema de Estados que impera en el mundo desde el siglo XVII. No todo es necesidad. Un somero vistazo a la historia nos muestra como nos vamos apropiando de posibilidades inéditas. El mismo estado-nación, por el que muchas personas hoy en día están dispuesta a dar la vida, tiene su origen en las monarquías absolutas: el monarca no reconocía ningún poder sobre él y podían ejercer su poder soberano dentro de su territorio sin límite alguno, al margen de papado y sometiendo a los señores feudales.

De ese modo, situándose por encima de toda razón teológica, emerge en la modernidad la razón de Estado como guía de la acción política. El Estado se guía por una razón que está por encima de la razón de las personas, que funciona en su propio beneficio, y que debe aprovechar

⁷ La visión del estado de Naturaleza de Thomas Hobbes, anterior a la organización social, es la de la guerra de todos contra todos y la relación de los estados continuaría rigiéndose por este estado de naturaleza. T. Hobbes, *Leviatán*.

har la fuerza de sus instituciones para engrandecerse, supeditando la religión, la ética, el derecho y las personas a sus intereses, los intereses del estado. Si los viejos aristotélicos consideraban la política como el arte del gobierno según la justicia y la razón, los teóricos de la *realpolitik* consideran la política como el arte de engrandecer el poder del estado. El fin de la razón de estado es el estado mismo, sean justos o injustos, legítimos o ilegítimos, violentos o no, los medios por los cuales se engrandece el estado.

Nietzsche, en su peculiar clarividencia, ya advertía que el estado era el nuevo y poderoso ídolo que sustituía los viejos dioses: “Sobre la tierra, nada existe más grande que yo [el Estado]: yo soy el dedo ordenador de Dios. Así ruge el monstruo. ¡Y no son sólo los de orejas largas y vista corta los que se postran de rodillas! ¡Ay, también en vosotros, de alma grande, el monstruo desliza sus sombrías mentiras! ¡Ay, él adivina cuáles son los corazones generosos y ansiosos de prodigarse! ¡Sí, también os adivina a vosotros, los vencedores del viejo Dios! ¡Salisteis del combate fatigados, y vuestra fatiga redundará ahora en provecho del nuevo ídolo! [...] ¡Quiere que vosotros le sirváis de cebo para pescar a los demasiados! ¡Sí, un artificio infernal ha sido inventado aquí, un caballo de la muerte, que tintinea con el atavío de honores divinos! [...] ¡Contemplad cómo trepan esos ágiles simios! Trepan unos por encima de otros, arrastrándose así al cieno y a la profundidad. ¡Todos quieren llegar al trono! Su locura consiste en creer que la felicidad ra-

dica en el trono. -Y, con frecuencia, el fango se asienta en el trono, y también el trono se asienta en el fango. Dementes son para mí todos ellos, y atolondrados simios trepadores. Su ídolo, ese monstruo helado, me huele mal: todos me huelen mal, esos servidores del ídolo”⁸.

Con la firma del Tratado de paz de Westfalia en 1648 y los procesos de colonización, se consagra la fórmula política de los Estados-Nación. Los Estados se reconocen mutuamente su soberanía e igualdad, establecen el principio de “no intervención” en los asuntos internos de otro Estado y, frente a la concepción feudal de que los territorios y los pueblos constituían un patrimonio hereditario, consagran como fundamento de su existencia el principio de la integridad territorial ⁹.

A lo largo del siglo XVII y XVIII, una serie de filósofos (Hobbes, Locke, Rousseau...) trataron de explicar de un modo racional el origen y los fundamentos de la sociedad política. Formularon la teoría del Contrato Social, la idea de que la legi-

8 Nietzsche, F.: Así habló Zaratustra. Del nuevo ídolo

9 Cf. Saskia Sassen, Critique de l'État, Territoire, autorité et droits, de l'époque médiévale à nos jours, Ed. Demópolis, 2011, París. S. Sassen sostiene que en el medioevo había dos formas de autoridad central en disputa: la iglesia y el imperio que coexistían con las jurisdicciones feudales. La autoridad no estaba fundada sobre la territorialidad como en el caso del estado. Las fronteras eran difusas. Ni el imperio romano ni el franco tenía la menor idea de lo que es la frontera moderna: simplemente se establecía un límite que se decidía no pasar. La noción de soberanía territorial fue, según Sassen, una invención del siglo XIII (batallas francesas, inglesas y españolas) que se empezará a aplicar en el siglo XVI.

timidad de la ley venia dada no por Dios, como sostenía la teoría del origen divino del poder soberano, sino por los mismos ciudadanos, como fruto de decisiones de personas racionales, libres e iguales. A partir de la revolución francesa (1789), los Estados empezaron a transitar de la monarquía absoluta a los actuales Estados Constitucionales con división de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), pero la teoría contractualista no llegó a ser suficientemente popular para mantener la cohesión estatal. El ideal de la nación, en cambio, sustituyó perfectamente el anterior fundamento teológico ejerciendo funciones parecidas de legitimidad y unificación del territorio.

Lo cierto, sin embargo, es que el Estado no se constituye sobre una nación o pueblo preexistente, sino que al establecerse el Estado, éste intenta homogeneizar a grupos humanos de diversa cultura, lengua y raza. Basta pensar en los grupos culturales divididos y sometidos a Estados diferentes: aymaras, mapuches, guaraníes, misquitos... Nietzsche no se equivocó: “En algún lugar existen todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos míos: aquí hay Estados. ¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Bien! Abridme ahora los oídos, pues voy a decir mi palabra sobre la muerte de los pueblos. Estado se llama el más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza de su boca: “Yo, el Estado, soy el pueblo”¹⁰.

10 Ibíd.

Democracia cosmopolita

Todas estas constataciones: la homogeneización identitaria del estado, la existencia de una sociedad mundial, el carácter histórico y relativamente reciente del Estado-nación, el interés de determinados centros de poder para mantener un mercado mundial fuera del control de los estados, la insuficiencia de los estados nación actuales para tratar problemas que nos acucian a todos, dan una gran relevancia al que, a mi entender, es un proyecto político razonable, beneficioso para la humanidad en su conjunto y realmente posible: la democracia cosmopolita. La exploración y la emergencia de una democracia global comportaría ventajas para la mayoría de la humanidad y sobretodo legitimaría la democracia, pues es decepcionante y altamente desmovilizador a la hora de votar que los asuntos más importantes y decisivos queden excluidos de la participación ciudadana.

El gobierno del mundo no tenemos por qué pensarla según la lógica moderna a través de una constitución o estado mundial, muy lejano en el tiempo, en el supuesto que pudiera darse, sino, mucho más inmediatamente, a través de la democratización de las diferentes redes que atraviesan la sociedad mundial. En el realismo cosmopolita se critica la mitología asociada al Estado, su conversión en una especie de entidad eterna y sagrada más importante que las personas que lo conforman, y se intenta hacer visible el modo como se entremezclan las

fronteras de lo nacional e internacional, lo interno y lo externo, lo local y lo global, el nosotros y ellos¹¹.

No se trata solamente de que hoy muchos problemas y retos que tenemos planteados rebasen el campo de acción de los estado-nación: ecología, mercado mundial, redes internacionales del crimen, control de la Web, aumento de la desigualdad en el mundo,sino que van surgiendo además identidades post-nacionales¹²: diferentes grupos de personas que se unen, de un modo tanto o más estrecho que en el nacionalismo, por muy diferentes tipos de causas, desbordando los marcos estatales: religiones, foros Internet, lucha contra la desigualdad, colaboración en ONG's... Es más, surgen nuevas formas de familia, familias globales en las que el ámbito privado se confronta con el mundo. Por ejemplo, trabajadoras domésticas migrantes que cuidan a los niños y los ancianos en las familias occidentales. Mientras estas empleadas, para hacer su trabajo, tienen que desarrollar empatía hacia sus empleadores; los empleadores a penas conocen nada de la situación de los hijos y familiares de la empleada que suelen estar a miles de Km. de distancia¹³.

11 Ulrich Beck, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Ed. Paidós, Barcelona, 2005.

12 Jürgen Habermas, *La constelación postnacional*, Ed. Paidós, Barcelona, 2000.

13 Ulrich Beck, *Amor a distancia*, Ed. Paidós, Barcelona, 2011. Beck analiza de forma brillante los diferentes tipos de familia actuales y como están atravesadas por tensiones, conflictos y desigualdades exteriores al estado-nación en la que pasan la mayor parte de su tiempo.

Aún asumiendo el pesimismo antropológico de la *realpolitik* no está nada claro que los intereses de las personas en la escena mundial se opongan a una gestión democrática global del proceso de toma de decisiones. La falta de control democrático permite no solo la acumulación de grandes beneficios, sino también disminuir la práctica democrática y la disidencia en el interior de los estados, pues en nombre de la necesidad de seguridad frente al “enemigo exterior” se disminuyen las libertades civiles y políticas y se disciplina a la mano de obra¹⁴. Desde luego, el estado-nación actual sirve a unos intereses. Nietzsche diría que sirve a una nueva casta sacerdotal que sacraliza una construcción humana como la del estado atribuyéndole características que solo pertenecen a los seres humanos: “razón de estado”, “sacralidad”, “inviolabilidad”..., y que en aras de su Dios está dispuesta a llevar a la pira del sacrificio estatal a las personas.

Sería quizás más exacto decir, siguiendo la misma *realpolitik*, que en la sociedad mundial hay intereses divergentes y que hay también en todas partes del mundo crecientes demandas de grupos con poco poder que quieren aumentar su papel en la toma de decisiones. De hecho, los intereses de las personas cada vez se corresponden menos con las fronteras nacionales. Por un lado, están las cuestiones que afectan a todos los ha-

14 Daniel Archibugi, “Cosmopolitan democracy and its Critics: A review”, *European Journal of International relations*, Vol. 10, n3, setiembre, 2004, pp. 437-473

bitantes del planeta independientemente de su nacionalidad (medioambiente, comercio, control de la Web, armas nucleares, empresas multinacionales); por otro, las cuestiones transfronterizas como el control del agua, o la existencia de una comunidad étnica, religiosa, nacional o lingüística repartida entre diferentes estados. Son cuestiones que no se pueden abordar democráticamente dentro de la comunidad política de un estado.

Sucede también que los estados que toman decisiones democráticamente no tienen en cuenta a todos los afectados por estas decisiones. Basta recordar los experimentos nucleares realizados por el Gobierno francés en 1996 en la isla de Mururoa, en el Pacífico sur. La decisión de llevarlos a cabo se basó en los procedimientos de un Estado con una larga tradición democrática, pero la principal comunidad de afectados era diferente de la comunidad política puesto que los franceses no estaban expuestos a la posible radiación nuclear. Los franceses obtenían las ventajas, mientras que las comunidades que viven en el Pacífico sufrían los perjuicios.

Por otra parte, los seres humanos son capaces de una solidaridad que a menudo se extiende más allá de los perímetros de su Estado. Algunas encuestas sobre la identidad política de los habitantes de la Tierra han mostrado que el 15% ya afirma que su identidad principal es regional o global, frente al 38% que sostiene que

es nacional y el 47% que es local¹⁵. Si bien en determinados países el nacionalismo es muy fuerte, a escala planetaria la mayoría siente una identidad más fuerte diferente de la del estado que la corresponde. El surgimiento de identidades múltiples podría desembocar también en múltiples capas de gobernanza.

La teoría de la democracia cosmopolita examina sistemáticamente las implicaciones democráticas del hecho que las naciones-estado estén sujetas a complejas relaciones mundiales, culturales e identitarias. Se esfuerza por pensar un modelo democrático para gestionar los diferentes niveles de poder que se entrecruzan en el mismo estado-nación y preconiza para ello la extensión de la democracia hacia arriba, hacia abajo y lateralmente al estado-nación¹⁶ siguiendo criterios de subsidiariedad, eficiencia y control real por parte de los ciudadanos de las decisiones que les afectan.

La democracia cosmopolita no es sólo el movimiento hacia una gobernanza democrática mundial, sino también su difusión descendente hacia los entes locales y su expansión lateral. No se persigue un estado mundial con el consecuente peligro de "imperio global", sino la democratización de aquellas estructuras en

15 *Ibíd.*,

16 David Held, *La democracia y el orden global, del estado moderno al orden cosmopolita*, Ed., Paidós, 1997; David Held, *Cosmopolitismo ideales y realidades*, Alianza editorial, Madrid, 2012; J. Corominas, "Sociedad mundial y democracia", *ECA*, abril, 2000, pp. 417-433.

las que se toman decisiones sin contar con el voto de los afectados por ellas. La democratización interna del Estado comporta el reconocimiento de la autonomía de pueblos diversos sometidos a la uniformidad estatal. En Centroamérica y el Caribe, por ejemplo, se conservan muchas comunidades tradicionales que la forma moderna de Estado ha considerado siempre una rémora para el desarrollo. Democratizar estas comunidades significa fomentarlas y favorecer su autodeterminación, pero, a la vez, significa no conservarlas como un museo viviente, sino como comunidades que incorporen libremente sus antiguos valores.

Se trata no solo de construir mecanismos democráticos supraestatales sino avenidas de participación cívica en el ámbito local, regional y nacional respondiendo democráticamente a las presiones de la mundialización hacia arriba (ecología, problemas de salud, mercado mundial) hacia abajo, (gobiernos regionales, mayores poderes municipales), y lateralmente (nuevas regiones económicas y culturales que traspasan las fronteras nacionales).

Nacionalismo, soberanía y ciudadanía cosmopolita

Una de las implicaciones del cosmopolitismo es que la ciudadanía no se vincula exclusivamente a la pertenencia a un estado-nación. Se parte de una ciudadanía post-nacional adherida a valores universales como son los Derechos Humanos y, por tanto, extensible a todas

las personas en su calidad de humanas. La ciudadanía cosmopolita no significa abandonar o negar las identidades locales para articular una única comunidad mundial, sino la posibilidad de tener ciudadanías múltiples amparadas en un sistema global de derechos. El reconocimiento mundial de los derechos humanos, con instrumentos jurídicos y coercitivos, no va contra la diversidad cultural. Únicamente pone unos límites mínimos a todas las tradiciones y culturas (no se tolera la discriminación, el esclavismo...).

Podemos pertenecer a distintos lugares y comunidades al mismo tiempo y tener lealtades múltiples sin que el lugar donde hemos nacido haya de teñir necesariamente el resto de nuestra existencia. Por ejemplo, un ciudadano cosmopolita puede sentir que pertenece a una pequeña patria-nación (el valle de Aran) en la que ha nacido y en la que habla como lengua propia el aranés, una variante del occitano. Puede sentir también que forma parte de una nación multicultural (Catalunya). En ella ha aprendido catalán. Como forma parte del estado español ha aprendido español y se siente ciudadano de este estado plurinacional. De pequeño, al estar abierto el valle de Aran hacia Francia, ha viajado mucho más hacia el lado francés que hacia el lado español, ha estudiado en Francia, habla francés, ama su cultura y se siente parte de la francofonía. Con el Ariège, la región limítrofe de Francia, comparte el occitano y sueña en revitalizar esta lengua y obtener para Occitania una autonomía política. En la escuela

ha aprendido inglés y se siente parte de la Comunidad Europea. Sabe que forma parte de una comunidad transatlántica (el mundo occidental). Y además tiene la ciudadanía hondureña porque la mayor parte de su vida la ha pasado trabajando en una ONG de este país y se ha casado con una hondureña.

De hecho, los individuos ya se hacen miembros de distintos espacios locales, nacionales y transnacionales, bien ilegalmente, o bien obteniendo permisos, residencias temporales y diferentes pasaportes. Son muchos los ciudadanos que, por necesidad, azar u otras razones, tienen diferentes pasaportes. Algunos también adquieren el pasaporte mundial expedido por entidades como Amnistía Internacional o World Service Authority. Claro está que actualmente su valor es meramente simbólico, pero no es desdeñable el número de personas que se interesan por él. De lo que se trata es de legalizar y fluidificar estas realidades y sobretodo de ejercer el autogobierno desde el ámbito local hasta el ámbito global. En un mundo de comunidades, redes y poderes superpuestos, las personas deberían poder ser ciudadanos de sus comunidades políticas inmediatas y de las redes más amplias o globales que afectan sus vidas.

Frente al nacionalismo conservador, que suele considerar que la nación se hereda del pasado y debe ser protegida de la contaminación cultural, y frente al multiculturalismo radical de izquierdas, que suele cuestionar toda identidad nacional,

autores como T. Todorov y D. Held nos proponen una especie de nacionalismo cosmopolita benigno y tolerante. Un nacionalismo sin el nivel de inclusividad que ha tenido hasta ahora, pero donde siga siendo legítima una cierta identidad nacional más reflexiva y compartible con otras lealtades paralelas¹⁷. Todo grupo nacional, religioso o con algún tipo de identidad colectiva que no pretenda someter la soberanía y la libertad de los individuos, o peor, considerarse el verdadero sujeto libre y soberano, es compatible con la democracia cosmopolita.

La soberanía cosmopolita es considerada como un atributo de las personas que éstas ejercen en un conjunto de entornos interconectados que van de lo local a lo global. Este atributo se traduce, en el plano espacial, en una transformación de los patrones de relaciones de nación a nación a patrones relacionales translocales, locales-globales, transnacionales y nacionales-globales. La soberanía cosmopolita es la soberanía despojada de la idea de fronteras fijas y territorios gobernados únicamente por los estados. Ésta soberanía supone una estructura jurídica global cuya base es el reconocimiento de la dignidad de cada persona por el hecho de ser persona. Todo ser humano tiene dignidad y no precio. Es decir, mientras las cosas son utilizadas como medios y pueden ser intercambiables, se les puede poner un precio; las personas son únicas e insustituibles, son autónomas y cons-

¹⁷ D. Held, op. cit.; T. Todorov, *El hombre desplazado*, Taurus, Santillana, 1998.

tituyen un fin en sí mismo. Por ello, las personas merecen consideración y respeto aún, por ejemplo, como prisioneros de guerra, y no pueden ser utilizadas solo como un medio¹⁸.

Desde esta soberanía cosmopolita ya no es una cultura, una nación o un estado los que tienen derecho a la autodeterminación, sino que son las personas las que tienen el derecho a la autodeterminación, a la soberanía, y a la autonomía. Para el cosmopolitismo las personas están por encima de los objetivos de los Estados o de cualquier otra organización humana y en ningún caso pueden los orígenes geográficos, políticos y culturales, determinar sus derechos ni su relevancia. Cada persona es igualmente digna de respeto y consideración.

Una de las objeciones al cosmopolitismo es que es un producto y una imposición occidental al resto de culturas. Ciertamente algunas raíces ideológicas del cosmopolitismo actual pueden rastrearse en el judaísmo, el cinismo, el estoicismo, el cristianismo o la filosofía de Kant, pero también en el Islam, las tradiciones orientales como el budismo, las nuevas espiritualidades amerindias o el sincretismo africano. Y aún en el supuesto que fuera

18 E. Kant, *Metafísica de las costumbres*. En el Renacimiento la literatura humanista que trataba de recuperar la centralidad del ser humano para la filosofía, la política y la historia comenzó a usar el término dignidad. Por ejemplo, Giovanni Pico della Mirandola en *Discurso sobre la dignidad del Hombre* (1486). Pero el término se asocia sobre todo con Kant de quien tomamos sus razonamientos.

una “invención” occidental, que es mucho suponer, si occidente ha impuesto a través del colonialismo un mercado y un sistema económico mundial que genera grandes desigualdades, ¿porqué no poner el acento en la crítica a éste sistema y ensalzar aquello que, aún viniendo de occidente, protege efectivamente a las personas? Además, la cuestión no es la procedencia de las ideas y proyectos, sino su interés y sus repercusiones efectivas para las mayorías de la humanidad

Otra objeción clásica es que se trata de una utopía irrealizable. Pero cuando surgió la idea de Estado secular de la cabeza de Hobbes y otros, tenían como telón de fondo un pasado de circunstancias históricas menos prometedoras aún que las del momento presente y 200 años más tarde se había ya convertido su formulación en el elemento dominante de la organización política mundial. También hay que tener en cuenta que va creciendo el número de economistas, politólogos, sociólogos y teóricos en general, que piensan que hay que cambiar de paradigma económica, cultural y políticamente. No podemos quedarnos en la crítica. Lo más fácil es decir que todo va de Guatemala a guatepeor y, sin duda, sino se piensan alternativas, es seguro que iremos a guatepeor y que no habrá posibilidad alguna de abrir escenarios de gestión política que mejoren el presente. Para la visión cosmopolita es la corriente realista la que actualmente no toca de pies en el suelo, la que no comprende la realidad política actual, la que se sigue manteniendo dog-

màticament en la idea estatocèntrica, omittent els grans canvis estructurals que ja s'han produït en l'interior de l'estat-nació.

Pasos significatius cap a l'establiment d'una democràcia cosmopolita serien: la creació d'un tribunal penal mundial, que dit sigui de pas seria un "arma" molt més poderosa contra el terrorisme global que el desenvolupament de noves armes tecnològiques i la multiplicació de l'espionatge; la transferència de la capacitat coercitiva dels estats a institucions regionals i globals per erradicar la guerra; la reforma de les institucions més antidemocràtiques de l'ONU: Consell de Seguretat, Banc Mundial, etc., per assignar als països en desenvolupament una veu significativa i capacitat de decisió; el subministre de recursos vitals als que ocupen les posicions socials més vulnerables al món. Com es veu en molts casos es tracta de reformar institucions ja existents. No es tracta de somiar, ni de ser antropològicament optimistes. Es tracta, tenim les idees i els déus que tenim, seiem optimistes o pessimistes, esperanzats o angustiatos, altruistes o egoïstes, de posar un pocs d'ordre a la societat mundial, però no l'ordre dictatorial d'una minoria poderosa, sinó l'ordre democràtic de la majoria de la humanitat.